

# PARA LA HISTORIA.



LEON.—~~NICARAGUA~~.

ABRIL DE 1892.

# PARA LA HISTORIA.



## I.

Cuando sucesos de gran trascendencia se desarrollan en un país, por pequeño é incipiente que el sea, y aún con mayor razón en este caso, puesto que de la sanción que sus primeros pasos obtengan, depende la moralidad de sus futuros gobernantes; conviene que los ciudadanos estudien, discutan y sancionen los antecedentes, el desarrollo y las consecuencias de esos acontecimientos que constituyen la historia política y á las veces la económica de la época; y aún conviene muy particularmente fijar la atención en ciertos hechos que sintetizan el carácter y tendencias de los hombres que han actuado como directores de la política del país en las épocas marcadas por sucesos de gran trascendencia social, política ó económica.

Juzgo que la farsa-contienda electoral que acaba de sacudir al país escarneciendo la pureza del sufragio es un suceso de tal importancia y tan destinado á normalizar la futura marcha político-económica del Ecuador, que pasar desapercibidas sus peripecias, sería sancionar inmoralmemente procedimientos que han sido un verdadero ultraje á nuestras instituciones y que preparan un desastre irreparable para el crédito de la Nación, si los hombres que seguirán administrando el país en fuerza de la elección fraudulenta que acaba de pasar cumplen, sus propósitos consumando las negociaciones que contra la voluntad del país ha iniciado el doctor Flores.

Es por esto que apreciando la contienda electoral en sus dos fases; la elección para concejeros municipales y la para Presidente de la República, íntimamente ligadas, no por su naturaleza, sino porque el fraude en la primera preparó el fraude para la última, juzgo que ambas pesan como una afrenta para la Nación en general y como un sangriento ultraje á los partidos; entendiéndose que no llamo partido á la agrupación formada por el doctor Flores con el ejército y los empleados públicos sino que me refiero á los partidos liberal y conservador, formados por los ciudadanos en ejercicio de sus derechos y no coactados por el dinero de las arcas nacionales.

La gran afrenta que el doctor Flores ha hecho á la Nación es un suceso digno de muy detenido estudio, no solo por los fines que él y su círculo se han propuesto, sino porque los medios empleados para contrariar la voluntad de la Nación revisten á ese acontecimiento de un carácter odioso y repugnante y porque de todo en todo han sido la expresión de la voluntad de un círculo oligarca en lucha abierta con la opinión pública, ó lo que es lo mismo, esos medios han sido las armas del interés privado de una familia empleadas cínicamente para sobreponerse á la voluntad de la Nación, para anonadar por la sola voluntad de ese círculo y con su abuso del Ejército nacional, el derecho de sufragio y con él la institución de la República.

Natural es que producido el efecto, si de él queremos deducir una enseñanza beneficiosa, sino para nosotros por lo menos para nuestros descendientes, se hace preciso inquirir la causa determinante del suceso. Encontrada ésta, conviene estudiar el hecho en sí y en los medios empleados para su realización, y finalmente esponer en toda su desnudez los fines que los hombres que han actuado como directores del suceso se han propuesto al emplear tan vituperables manejos.

Agena por sus proporciones esta importante y debatida cuestión á las estrechas columnas de un periódico y no siendo de interés puramente local, sino de la mayor importancia para toda la Nación, me veo precisado á coleccionar mis apuntes en un cuaderno para que amigos y adversarios tengan en un solo cuerpo los antecedentes del suceso, su desarrollo, las consecuencias y los comprobantes de mis aseveraciones, y porque si por hoy el remedio violento traería un trastorno tan perjudicial á los intereses del país como el mismo fraude con que se ha abofeteado á los ecuatorianos, conviene que los legisladores conozcan y tengan recopilados los datos y comprobantes de la manera como esos acontecimientos se incubaron y produjeron el escándalo electio-

nario, con el que la oligarquía ecuatoriana ha insultado á mis conciudadanos y ha hecho odiosa granjería de la sagrada institución del sufragio, y para que con la prudencia que el país presupuso en ellos al elegirlos para sus representantes, pongan vallas poderosas á los que la opinión pública señala como explotadores del empobrecido tesoro nacional y almonedistas del moribundo crédito público; para que esos legisladores que deben poseer la ciencia del gobierno, corrijan las corruptelas con que un círculo odiado ha conseguido apropiarse el Ecuador, y finalmente para que correspondiendo á la confianza depositada en ellos, vuelvan á los ecuatorianos las garantías constitucionales que la oligarquía dominante tiene conculcadas.

Las personas á quienes mis escritos anteriores han mortificado por la amargura de las verdades que contienen, han divagado sin el menor acierto atribuyéndolos á muchas personas de diferentes círculos políticos, ajenas completamente todas ellas á mi modo de pensar y aún al estilo burdo de mis escritos.

Al velar mi nombre con el anónimo no procedo por temor, porque mi modo de vivir independiente no me liga ni me obliga á persona alguna. Un apellido oscuro como el mío nada aumenta al valor de mis escritos; tal vez les haría perder, por el desgraciado sistema que entre nosotros se ha establecido de apartarse de la discusión de principios para encenegarse en las personalidades. Lo cuerdo hubiera sido en vez de insultar á determinadas personas, probar la inexactitud de mis aseveraciones. Estas han quedado en su puesto, y los insultos de mis adversarios llenan las columnas de algunos diarios aunque dirigidos contra una sombra.

Al tratar de salir en defensa de la Constitución de mi patria que creo vulnerada por el círculo dominante, hago caso omiso de mi credo político; pues de la misma manera que en mi condición de radical me adherí al partido liberal y éste al conservador para el efecto limitado de luchar en el terreno electoral contra la oligarquía, enemigo común de los ecuatorianos, hoy con completa prescindencia de las aspiraciones exclusivas del círculo político á que pertenezco y teniendo en mira que antes que partidario soy ecuatoriano, trato de dar mi contingente para la salvación de las instituciones que tanto amparan á liberales como á conservadores, puesto que fueron creadas de común acuerdo para todos los ecuatorianos y no para determinado grupo.

El insulto que el doctor Flores ha irrogado á mis conciudadanos no hiere á uno ú otro de los partidos; pero sí á ambos y es por eso que ambos deben continuar unidos hasta la reconquista

de nuestros derechos, sirviéndonos de saludable enseñanza el mal incalculable que nos ha hecho el doctor Flores faccionándonos con el ya bien claro propósito de imperar sobre los escombros disgregados de los verdaderos partidos políticos.

La fría reflexión de este grave acontecimiento convencerá á nuestros legisladores de que si el doctor Flores no hubiera contado con las cámaras del año 90 y con los miembros que consiguió disgregar de los dos partidos para formar una tercera entidad, no siquiera se habría atrevido á presentar los monstruosos proyectos económicos que alarmaron á toda la Nación, porque todos palpamos en ellos el enriquecimiento de los negociantes del pacto, la bancarrota oficial y la miseria pública, inmediatamente traducida por la paralización de los negocios que estamos palpando, por la ya diseñada emisión de papel moneda y por ende la miseria de los particulares, miseria que maliciosamente hacen atribuir á los bancos de emisión, para que la gente sencilla crea que la restricción que estas instituciones han puesto á sus negocios con los particulares, es la causa del malestar económico del país. Basta reflexionar que el gobierno con una imprevisión que pasma, ha extraído en calidad de préstamo, todo el capital de esos bancos y ha tenido aún la pretensión de que le adelanten más dinero, creyendo probablemente los financistas de palacio que los capitales de los Bancos son los billetes en circulación y que un día ú otro aquellos pagarán sus billetes al portador con bonos del tesoro, esto es con música celestial, litografiada por su deudor.

No se trata pues hoy del predominio de un partido como arteramente propalan los sostenedores de la oligarquía, sino que se aspira lisa y llanamente á libertar al país de una calamidad reemplazando el círculo oligarca que ha distribuído entre sus miembros toda la suma del poder público, con un mandatario realmente elegido por el pueblo y no por las bayonetas. Y cuando verdadero motivo de regocijo nacional hubiera sido que ese mandatario, conservador ó liberal, subiera al solio sostenido por los dos partidos; el ejército y los empleados públicos se enfrentan á la opinión nacional y con reprobados manejos, abortan de las urnas una hechura de las bayonetas y la coacción que no representa á ninguno de los partidos nacionales, pero que es la voluntad expresa del Presidente de la República. Que ni liberales ni conservadores hemos pretendido el predominio irritante de nuestros respectivos partidos, es indudable para todo el que juzgue los acontecimientos con imparcialidad. Los liberales hemos aceptado el candidato conservador y hemos postergado nuestra labor de propaganda para dedicarnos exclusivamente á la lucha electo-

ral. Los conservadores han aceptado nuestro apoyo, á sabiendas de que ninguno de nosotros ha renunciado ni á su credo ni á sus aspiraciones, esto es, ambos partidos han prescindido de sus aspiraciones exclusivas y aún de sus rencores en aras de verdadero patriotismo, al ver en peligro las instituciones. Triunfante la candidatura conservadora de la Fusión, los liberales recomenzaríamos nuestra labor de propaganda, teniendo es verdad, frente á nosotros un adversario poderoso, pero adversario definido y conocedor de la lealtad de nuestros procedimientos, en tanto que con el triunfo de la oligarquía y conocidos como son los manejos de esa escuela corruptora, las filas de los dos verdaderos partidos serían como han venido siendo desde la administración del señor Camaño, el pasto de la corrupción.

Una salvedad antes de comenzar.

Los insultos de que han sido blanco algunas personas por suponérselas autoras de mis escritos y la tenacidad con que se ha espiado á otras por el mismo motivo, y deseando evitar persecuciones á esas personas y aún á los benévolos directores de el "Diario de Avisos" y "El Tiempo", que tan bondadosamente acogieron mis artículos, me ponen en el caso de buscar en la prensa extranjera hospitalidad para mis originales.

Sentiría que por la distancia y otras dificultades estos renglones regresaran impresos á mi país inoportunamente; pero de todos modos, algún provecho reportarán mis conciudadanos de las enseñanzas contenidas en estas cuartillas, fruto aquellas de larga experiencia y atento estudio del gran acontecimiento cuyos antecedentes, desarrollo y consecuencias paso á relatar.

## II.

Durante los últimos años de la vida y dominación del señor García Moreno, el doctor Antonio Flores Jijón, con el carácter de Agente fiscal del Ecuador en Europa y acerbo censurador de anteriores arreglos, comenzó nuevas gestiones para un nuevo arreglo de la deuda, que indebidamente se imputó al Ecuador, después de su separación de la Gran Colombia.

El doctor García Moreno, verdadero genio político y como tal, justipreciador de los hombres, comprendió que las gestiones de don Antonio, tales como él las estaba conduciendo, eran perjudiciales para la Nación, aunque beneficiosas para álguien que no necesito nombrar, porque todos mis contemporáneos lo conocen, y retiró al doctor Flores los poderes que tenía.

Sobrevino la muerte del coloso, y como sucede en tales casos

Los aspirantes se multiplicaron. En obsequio de la verdad debo consignar que el doctor Antonio Borrero no perteneció á este número, aunque fué á él á quien favorecieron los sufragios del pueblo, sin otra coacción que la de un entusiasmo exagerado. Pero uno de los aspirantes á la túnica de César, fué don Antonio Flores, que hasta entonces permanecía en los Estados Unidos. Aún sin tantear la opinión pública, pero poseído de esa especie de loco frenesí característico de don Antonio, se vino al Ecuador, con tan desgraciada oportunidad, que acertó á poner el pié en tierra horas después de que sus parientes en esta ciudad lanzaban un su programa conservador, ignorando que en la malea del viajero venía impreso ya el programa de oportunidad, esto es el programa liberal, y maldiciente de la política económica del doctor García Moreno. Una carcajada general fué la respuesta que la Nación dió á los opuestos programas del candidato, en los que, como es costumbre, se ofrecía hacer prodigios en bien del país y sobre todo *consumar los arreglos que la falta de honradez del señor García Moreno había interrumpido*; las subrayadas no son frases textuales del programa, pero evidentemente ese era el sentido del curioso documento en que se trataba de revestir de justicia la misma causa que el autor había anatematizado como leonina: esto cuando aspiraba él á ser el agente de los arreglos, lo primero cuando aspiró á ser Presidente del Ecuador.

He rememorado este hecho que todos mis contemporáneos conocen, porque desde entonces ví perfilarse para mi país una cadena de calamidades y la nación entera abrigó la convicción de que el que no había trepidado para pintar un cuadro de doble efecto cambiabile á gusto del prestidigitador, tampoco trepidaría en los medios para apoderarse del escenario.

De ese puntillo oscuro que en el horizonte político de mi patria apareció en los primeros días de octubre de 1875, se desprendió la tempestad que hoy está arrasando la tierra ecuatoriana, porque ha fraccionado los partidos, ha corrompido el sufragio, ha emprobrecido á la Nación y á los particulares, ha prostituído el crédito público poniendo todas las fuerzas vitales del país á disposición de una camarilla judaica, y rechaza de la participación en la cosa pública á todo ecuatoriano que no sea humilde siervo de la oligarquía y de los usureros negociantes de nuestro crédito.

Esto es decir que el doctor Flores, consecuente con su programa de aspirante, ha querido en todo tiempo y por todos los medios, consumar una negociación que en principio condenó él mismo cuando fueron otros los gestores, y endiosó en principio y pretende llevar á la práctica hoy que es él el gestor de

la negociación y cuando sus más inmediatos parientes aparecen suscribiendo los contratos que la opinión pública señala como la obra del peculado.

La Nación entera rechazó con la candidatura del doctor Flores su programa, no sin que él escribiera artículos sensacionales para justificarse de haber encontrado legal entonces lo mismo que él había vituperado antes; el desden público fué la respuesta á sus artículos, por sobre cuya lógica flotaba el convencimiento nacional de que el doctor Flores estaba diciendo entonces por interés personal, lo contrario de lo que antes había escrito.

La necesidad de restringir en lo posible las dimensiones de este cuaderno, me impide seguir los pasos del doctor Flores desde su derrota eleccionaria; su actitud durante la presidencia del doctor Borrero; la 1.<sup>a</sup> dictadura del general Veintemilla; la presidencia constitucional del mismo, y la 2.<sup>a</sup> dictadura; épocas en las que por la propia confesión del acusado sabe el país que no abandonó sus proyectos económicos, haciendo lujo de una constancia poco común y que no desmayó ni ante la humillación de entrar en tratos y convenios con la dictadura agonizante ya, hecho bochornoso é indudable y cuyos pormenores conocen todos mis contemporaneos.

Cuando el arribo de don Antonio Flores á la ciudad de Guayaquil, último baluarte de Veintemilla, la situación del país era la expectativa de un desenlace en el cual cada uno de los tres gobiernos esperaba adueñarse de los destinos de la República: el partido conservador, precidido por un Pentavirato; el liberal cuyo ejército mandaba el general Alfaro, y el personalísimo de Veintemilla, cuya bota pesaba indistintamente sobre liberales y conservadores.

Las probabilidades del triunfo estaban de parte de la Fusión, porque Veintemilla en su calidad de dictador, se había hecho enemigo de los ecuatorianos en general, esto es, que luchaba contra la opinión pública, enemigo más poderoso que las tres mil bayonetas que se arremolinaban en Mapasingue sin otro lazo de unión que el odio á la dictadura; con todo, al dictador no le quedaba otro recurso que la rendición ó un combate quijotezco contra toda la República.

El Pentavirato por medio del comandante en jefe de su ejército señor General José M. Sarasti, dió un decreto fechado el 9 de Mayo de 1883 por el cual y después de serios considerandos, ponía fuera de la ley al dictador: parecía, pues, inminente el combate decisivo; pero la nubecilla del mes de Octubre de 75 reapareció en el río de Guayaquil y los ardores guerreros del Pentavi-

rato se calmaron; se echó en olvido el decreto tremebundo y don Antonio Flores "*por las artes de la paz*" quiso negociar la entrega de la plaza. . . . Felizmente para el país, no fué posible contar con todas las voluntades, y las negociaciones fracasaron porque, como con admirable exactitud dijo el doctor Flores, "la resistencia vino de donde menos se esperaba.

En efecto á Veintemilla se le había hecho creer que las rivalidades de partido, dividían profundamente á la fusión pero que el Pentavirato era el árbitro de la situación. Sin embargo como no fué posible unificar la acción de los comisionados las esponsiones fracasaron por motivos ajenos á esta relación, pero con profundo disgusto del doctor Flores.

Se hizo necesario el combate decisivo y la dictadura quedó vencida el 9 de julio de 1883.

Entonces el doctor Flores comenzó contra todos los que hacían oposición á sus proyectos financieros, un tiroteo de acusaciones insensatas é insultos ajenos á su carácter y posición; la causa de estos insultos fué la franqueza con que sus adversarios dijeron que la única aspiración del doctor Flores era intervenir en el arreglo de la deuda inglesa. Más tarde el doctor Ponce adquirió el mismo convencimiento é hizo bandera política con muchísima justicia de la cuestión económica, he aquí porque los insultos del doctor Flores se distribuyen por iguales partes entre todos sus adversarios conservadores y liberales.

Coincidencia. Los señores Ponce y Alfaro son los dos jefes de los dos partidos nacionales. Don Antonio Flores detesta á los dos. Es cierto que ambos con republicana franqueza le han dicho al país cuáles son las verdaderas aspiraciones del floreanismo renaciente.

Resumiendo: desde su arribo á Guayaquil, el año 83, el doctor Flores recomenzó su propaganda económica (la política no le importaba), y con tal fin intrigó para que la plaza le fuera entregada.—Fracasó el proyecto,—pretendió debilitar el prestigio y las armas del partido liberal—Fracasó el proyecto,—promovió las desventuradas conferencias y éstos como los otros proyectos del diplomático viajero fracasaron, alejándole indefinidamente el dorado arreglo de las negociaciones, pesadilla de toda su vida.

Nadie se ha ocupado en replicar á los insultos que el doctor Flores ha hecho á los señores Ponce y Alfaro y se ha procedido muy bien; los hechos desnudos, esto es, los resultados prácticos están sacando verdaderos á esos dos personajes y grabando en la conciencia de todos y cada uno de los ecuatorianos la verdadera historia del doctor Flores y el alcance de sus proyectos político-económicos.

Sin constarme que sea cierto, supongo con muy buenos fundamentos que la pretensión del Pentavirato de que Guayaquil se sometiera á su jurisdicción después del combate del 9 de Julio, fué idea de don Antonio, y uno de los fundamentos en que me apoyo es que el proyecto fracasó. ¡Achaque infalible de todo proyecto del diplomático viajero!

Guayaquil, lejos de someterse á tales pretensiones, constituyó un tercer gobierno cuya administración encargó al immaculado Pedro Carbo. Los tres gobiernos convinieron en convocar una Convención Nacional.

Como era de esperarse, las elecciones para convencionales se verificaron bajo la presión del vencedor y bajo el ilegal principio de que los vencidos no podían ser ni electores ni elejidos. Con semejante vicio fundamental, no era racional esperar que las labores de la Convención fueran benéficas para el país, ni esto interesaba á la mayoría compuesta de hechuras del floreanismo ó de conservadores honorables, á los que se había halagado con el anonadamiento del partido liberal.

Reunida la Convención, dicha Nacional, y más propiamente llamada concejo de vencedores, un diluvio de discursos académicos y manifestaciones ampulosas convirtió el recinto de la Convención en un volcán de injurias y deuestos contra todo lo que no era floreanismo ó por lo menos conservador; error gravísimo que sin duda hoy deploramos los mismos que atizaron esa guerra de improperios, pero cuando verdaderamente el paroxismo de la fusión se desencadenó, fué cuando la asamblea oyó leer las memorias de los señores Alfaro y Valverde. La careta de patriotismo con que don Antonio Flores había atravesado los dos océanos, cayó ante las sencillas manifestaciones de los señores Alfaro y Valverde; pero la gran mayoría de los convencionales, elegida por el sistema floreano y halagada con ese prurito antipatriótico de anonadar al adversario político y no creyendo que se trataba de la resurrección del sistema derrocado el 6 de marzo de 1845, cometió el error de elejir Presidente de la República á don José María P. Caamaño pariente del mismo don Antonio Flores á quien la Nación entera había rechazado el año 75 por sus proyectos económicos;—en una palabra—prevaleció el antagonismo político sobre el interés de la Nación, porque con el advenimiento al poder del señor Caamaño, echaba el señor Flores las bases fundamentales de sus proyectos económicos. En Londres y París, en calidad de ministro, seguiría labrando en los escritorios de Dreifus Fils; al concluir el señor Caamaño su período don Antonio sería el sucesor para poner el anhelado éjecútese al sueño dorado de su vida, y al concluir este acto de la comedia, regresaría á Europa, otra vez

de ministro, para disfrutar con sus amigos y compañeros de labor los frutos del crédito que nos trajo con sus repetidas travesías de los dos océanos. Por ventura, como se estila decir ahora, siendo de don Antonio el proyecto, ha comenzado el imprescindible fracaso, si bien es cierto que ya le cuesta al país torrentes de sangre, lágrimas y dinero.

La Convención eligió al señor José María Plácido Caamaño Presidente de la República. Este guayaquileño había militado, según su decir, en las filas del partido liberal; pero la verdad es que apesar de ser hijo de una familia por mil títulos honorable, había pasado una juventud borrascosa y sentado por ello solidamente la reputación de un calavera, y por lo tanto, sin credo político definido. Entrado en años, su familia acordó entregarle un valioso fundo, el que administró á completa satisfacción del propietario su tío, si bien desarrollando instintos feroces estimulados tal vez por las circunstancias que exigían para el administrador de ese fundo un escesivo rigor. Desde allí vió á la República presa de la dictadura de Veintemilla y juzgó que quien tan bien había administrado Tenguel, no era inhábil para timonear la República, sobre todo comparándose con los estadistas que por entonces gobernaban el Estado.

Parecía de moda conspirar contra Veintemilla y don José María entró por la moda y tomó parte en una tentativa de Rovacholismo. Descubierta la tentativa, Veintemilla, tuvo la debilidad de creer en esa paparrucha y desterró al señor Caamaño y sus hermanos. Con ese destierro le dió un título honroso que el desterrado esplotó con esa viveza del calavera acostunbrado á los expedientes del momento.

La República entera se había sublevado á la sazón contra la dictadura y don José María so capa del cumplimiento de un deber, reunió á otros desterrados, y, colectando dinero á la gruesa ventura, organizó una montonera que tuvo brillante ocojida al llegar á territorio ecuatoriano, debido indudablemente al aparente fin que se proponía pero no á simpatías por el floreanismo que encarnaba.

En Machala engrosó la montonera y le dió forma de cuerpo de ejército, y en los primeros días de mayo de 83, llegó á Yaguachi á tiempo que su pariente don Antonio, el de los proyectos económicos, pasaba de Guayaquil, fortín de la dictadura, al campamento del Pentavirato en Mapasingue, Yaguachi ó Samborondón, circunstancia que no recuerdo con exactitud.

Allí los dos parientes, Flores Caamaño, unieronse como era natural, con el otro hermano don Reynaldo y el general Francisco J. Salazar y desde entonces el floreanismo formó un núcleo pode-

roso. Se discutió y aprobó el programa que desde entonces viene desarrollandose, siendo el primer acto de la función, después del triunfo sobre la dictadura, la exaltación del señor Caamaño á la presidencia de la República.

A nadie que juzgue con imparcialidad de los acontecimientos políticos iniciados en Mapasingue á la llegada del doctor Flores, á nadie, digo, que juzgue de esos acontecimientos con el criterio del patrióta y no del partidario, se le puede ocultar que el floreanismo renaciente abría una campaña, mas que contra la dictadura, contra todos los defensores de la honra nacional. Buscar el apoyo de los conservadores y excitarlos al esterminio de los liberales, fué solo la primera parte; lo ulterior era ladear á esos mismos conservadores con las propias armas que ellos le habían dado y reconstruir el floreanismo aunque sustituyéndole el mote, con el de progresismo y por fin lanzarse á la codiciada pieza del arreglo de la deuda inglesa.

Por desgracia pudo más en los conservadores el odio de partido que el instinto de conservación y tan eficazmente ayudaron al señor Caamaño empujado á su vez por la suprema aspiración de don Antonio y fueron tantas la violencias injusticias y desmanes de que fueron víctimas los liberales, que sin elementos se anticiparon á esa revolución que pocos meses después habrían hecho los conservadores al descubrir las verdaderas intenciones de don Plácido y familia.

Apreciación atrevida es esta pero es tan tangible y comprobada, que los mismos que fusilaron, calumniaron y esterminaron á los sublevados, estan hoy con ellos y unidos para defender la honra nacional tan prostituída el año 84 como el 88 y el 92, porque desde esa época impera en el Ecuador la más genuina manifestación del Floreanismo.

Este es un reproche justo que hago al partido conservador con la lealtad que caracteriza mis escritos y lo que digo de ellos, lo digo de los liberales que cuando vencedores han observado el mismo sistema de esterminio contra el vencido.

Lo que entonces sufrimos es una dura amenaza que nos hará a todos los ecuatorianos quitar la palabra esterminio de nuestras contiendas políticas; porque ella es sinónimo de fratricidio. Podemos y debemos discutir nuestros principios, pero no tenemos el derecho de imponerlos. Si ladeamos sus rencores exajerados al tiempo mismo que hagamos la verdadera República, haremos imposible la labor de los logreros que explotan nuestros rencores.

En tiempo del señor Caamaño, comenzaron las pequeñas negociaciones usurarias precursoras de la grande. Me refiero á los suministros de firmas que hacía su señor hermano don Carlos á

cambio del producto del diezmo en metálico que empezaba á recaudar al mismo tiempo que ponía su firma en los documentos. Combinación sencillísima por la que él otorgaba un documento por \$ 80 á tres ó más meses de plazo, la Nación le reembolsaba \$ 100 con los productos del diezmo que él comenzaba á recaudar inmediatamente. La Nación no perdía más que la prima de 20 % y el descuento de 6 que ganaba el descontador de la firma de don Carlos. Ensayos de finanzas floreas fueron estos que más tarde perfeccionó la argolla, institución Floreana creada para suministrar dinero á la administración Caamaño en idénticas condiciones que para la antedicha combinación; ni tenían porque ser distintas cuando los que las imponían y los que las recibían eran los mismos personajes.

Mientras tanto la descabellada guerrilla de montoneros absorbía torrentes de sangre y de dinero. Todas las garantías desaparecieron y el incendio, el saqueo, la ruina, el cadalso político la sospecha y la miseria, llevadas por todas partes por las tropas del Gobierno y no por las montoneras, asolaron las provincias litorales. ¿Cuántos crímenes espantosos se cometieron para sofocar ese grito insensato de libertad? Diganlo las fortunas improvisadas por los jefes y oficiales que fueron á pacificar esas provincias; digalo la honda perturbación social política y económica en Manabí y Esmeraldas. Pero á don Plácido Caamaño no le convenía cortar la revolución, su interés y el de su círculo consistía en que la cuenta de gastos extraordinarios estuviera siempre abierta sobre la caja fuerte de la Tesorería. Cuando esta se vaciaba allí estaba la Argolla para repletarla. Por bien del país don José M. P. Caamaño surcaba el campo en que don Antonio Flores sembraría el 88.

Entre las negociaciones escandalosas de esa luctuosa época, está la compra de un remolcador que con el nombre de Tungurahua vendió un sobrino del señor Flores á la Nación, lo llamó cañonera y se hizo pagar una suma tan fabulosa, que el tío don Antonio creyó de su deber probar que él, Antonio Flores Jijón, no había intervenido en tal negociado.

La bancarrota fraudulenta del Banco de Quito, patrocinada por el gobierno y socapada con las pobrezas que no con las riquezas de la Nación, es otra de las manchas negras de la funesta administración Caamaño.

El incalificable convenio con los llamados acreedores británicos, convenio por el que se daba nuevo valor á una deuda cancelada, ya por la propia confesión del titulado acreedor, ya por la fuerza de la letra espresa de una escritura pública y ley de la República, á más de ser otra de las manchas de esa administración,

fué el primer paso decisivo del floreanismo en la senda de las negociaciones con los titulados acredores.

El contrato Kelly, monstruoso de por sí y reagrado con el fraude de los nueve millones de que la Nación se hizo responsable, fué otro eslabón de la cadena de iniquidades con que el floreanismo queria amarrarnos á los usureros de ultramar.

La absorción por el Gobierno del capital bancario de la costa, golpe mortal para el comercio de la República que se ve privado de ese elemento para sus transacciones, porque no es racional que los bancos á más de haber prestado todo su capital sigan dando su crédito, esto es, sus billetes que dejan de estar respaldados por la mala calidad del deudor de su capital, es otra de las peores manchas de esa administración corruptora, y para fin del cuadro, la candidatura oficial de don Antonio Flores sindicado por toda la Nación de interesado en la consumación de grandes negociaciones para un arreglo de la deuda inglesa.

Con tales antecedentes llegó don José M. P. Caamaño al fin de su período constitucional y debía cerrar con algo análogo su administración, así fué.

Llegado el momento de las elecciones para Presidente de la República, en todo el país estaba triunfante la candidatura oficial de don Antonio, pero en Guayaquil, donde los fraudes y tropelías se realizaron con más descaro, un corto número de intransigentes sin preparativo alguno, é instigado solo por el despecho que engendra toda arbitrariedad, se propuso sufragar por el general Alfaro. El crítico golpe no demoró.

Las calles de Guayaquil recorridas en todas direcciones por la fuerza nacional embriagada espresamente para un remedo de las dragonadas de Napoleón el pequeño; la ciudad entera sumida en pavoroso silencio solo interrumpido por las descargas de la soldadecza desenfrenada; el estupor que un atentado semejante infundió en la población amenazada por el desborde; tal fué el cuadro.

He allí la llave de oro con que don José M. P. Caamaño cerraba su administración, y no podía ser de otro modo, porque para la administración que cesaba era preciso por sucesor el señor Flores y esto era preciso porque sin él, ningún ecuatoriano honrado habría propuesto al país las combinaciones económicas cuyo logro han sido son y serán la única aspiración del floreanismo y la causa determinante de tanta iniquidad.

El señor Caamaño que tan á satisfacción de su familia había administrado la hacienda de Tenguel, dominó la República ciertamente, pero carga con las maldiciones de millares de víctimas;

gastó millones en tentativas de pacificación y pasará á la historia como una mancha ensangrentada.

Tenguel había perdido un exelente administrador para que el Ecuador aumentara la lista de sus tiranuelos; pero las manifestaciones para el monstruoso negociado seguían su curso puesto que por el último convenio los derechos de los sedicentes acreedores de intereses no solo quedaba en pié, sino que aparecían aumentados con la morosidad en el servicio de la deuda; Kelly y compañía habían negociado la construcción del ferrocarril sin la más pequeña intención de cumplir, pero en la seguridad de usufructuar la renta de sales y la sección de línea comprendida entre Yaguachi y Chimbo construida con la *ignorancia finansista* del señor García Moreno y los *despilfarros y oscurantismo* de Veintemilla. La guerrilla de montoneras quedaba en pié sin que el Gobierno diera el menor paso político y racional para concluir esa calamidad, imaginándose, tal vez de buena fé, que el esterminio era el único medio disponible.

### III.

Bajo estos malos auspicios ocupó la presidencia de la República el doctor Flores; pero conviniendo al desarrollo de sus combinaciones económicas captarse voluntades, inició una política de conciliación que hizo creer á muchos que el Ecuador había encontrado al fin un mandatario conforme con la civilización y la justicia, mas muy cortos meses duró la ilusión. Un viaje de Guayaquil á Quito verificado por don Leonardo Stagg sobrino del señor Flores, comenzó á despertar la atención de la República. Este caballero jefe nato de la institución llamada argolla, formuló las primeras propuestas de conversión de la deuda en la época del señor Caamaño. Lo que había sido sospecha comenzó á convertirse en certidumbre, las propuestas del señor Stagg eran un simple brulote para medir la fuerza de la oposición, y no hay para que decir que nadie las tomó á lo serio.

Rechazadas estas con mofa por algunos y con indignación por muchos, la Nación comenzó á ver claro sobre lo que significaba la reaparición de la dinastía Flores. Conveníale á don Antonio apaciguar la indignación y aprovechó la magnífica oportunidad que le brindaba un viaje á la costa para inaugurar la estatua de don Simón Bolívar.

En Guayaquil la recepción fué estremadamente fría, llegaba don Antonio acompañado de su presunto sucesor el general Salazar, personaje á quien con muy buenos fundamentos se atribuía la futura y de cajón candidatura oficial consumadora de los pro-

yectos económicos del doctor Flores. En la ceremonia oficial de la inauguración y en los saraos y recepciones que tuvieron lugar con motivo de las fiestas, don Antonio y su presunto sucesor se guardaron mucho de hablar de la deuda inglesa. Por el contrario vituperaron acremente á la administración Caamaño; medio seguro de halagar á los boquirrubios que se estasiaban con las frasecitas redondas de los académicos; pero en cuanto á hablar ni indirectamente de corregir errores económicos de su antecesor y de él, ni por tentación se le ocurrió á don Antonio.

En este campo hizo su cosecha el diplomático, imaginándose que por haber ganado las voluntades de unos cuantos políticos de peluquería, la opinión de éstos iba á modificar la de los hombres serios del país que á las burbujas de la escoria que sobrenada prefieren el metal que queda en el fondo del crisol.

Muy si señor, se regresó á la Capital, convencido de que los ecuatorianos en general habían paladeado el lamedor y comenzó la importación de condes por uno llamado Swieykowski. Este personaje de malos antecedentes, no alternó en Guayaquil sino con jente de dudosa reputación, pasaba los días en el piso bajo de una fonda, departiendo chabacanamente con los de su cuerda y á estos les aseguró que tenía los contratos en los bolsillos. En las noches, tunaba en coche de plaza y en asocio de rameras de la última clase recorría los lugares más públicos.

Si él ignoraba que en este país esa conducta era mirada con desprecio, sus importadores han debido refrenarlo en gracia de la farsa que venía á representar.—Detalle gráfico—el jóven Vicente Gonzáles Bazo, empleado de la casa Stagg [puro Flores) era asiduo acompañante del tal conde y la compañía duró hasta Quito, como se verá más adelante.

Tras el supradicho farsante, vino otro de apellido Sedieres portador de cartas de recomendación para la buena sociedad de Guayaquil y con la comisión de controlador del ferrocarril del Sur *por cuenta y orden* del Banco de Descuentos de París; este último, hombre muy superior á su precursor aunque de maneras demasiado bruscas, tuvo su pequeño éxito en Guayaquil, porque encontró boquirrubios que creyeron que los millones de que era portador no solo eran para la Nación sino para la Municipalidad de Guayaquil. Y hasta tuvo la frescura ó el aplomo de ofrecerlos mediante una combinación financiera por la cual á cambio de un préstamo fenomenal de \$ 150,000 la Municipalidad de Guayaquil se obligaba á contratar con él exclusivamente la consolidación de una deuda veinte veces mayor. En miniatura, la misma combinación que iba á proponer á Quito para esclavizar al Ecuador, salvo los detalles que naturalmente no podían ser iguales.

A la sazón se preparaba la reunión del Congreso Nacional y voz pública era que los supradichos farsantes seguirían viaje á la Capital para presentar á las Cámaras sus proyectos redentores.

El malestar se acentuó con la opinión de la prensa interesada en el asunto, opinión que instantáneamente se uniformó en sentido favorable á pesar de que antes de la llegada de los condes, la oposición á esas negociaciones era también impura y se notó que escritores que habían *cenurado* acremente la negociación, por un movimiento eléctrico se hicieron fogosos defensores de los condes y sus proyectos; se recordó entonces que hizo hincapié en que don Antonio Flores había vituperado en sus comienzos el arreglo de la deuda [cuando era aspirante] y lo apadrinaba y lo sostenía á todo trance cuando era Gobierno.

Coincidía la llegada de los condes, con la estafa que la Compañía del Ferrocarril y Obras Públicas de Guayaquil había hecho en París empeñando por nueve millones de francos bienes propios del Ecuador que en mala hora le había entregado la Nación á dicha compañía. Este desgraciado negocio aparece también suscrito por otro sobrino de don Antonio Flores, el señor Enrique Stagg.

Si esta maquinación se hizo con conocimiento del Gobierno ecuatoriano, no es estafa, pero si un robo á la Nación, con cómplices allende y aquende los mares; pero si se hizo engañando á nuestras autoridades, estafa la llama el diccionario.

Los nueve millones, como todo lo mal habido, se los llevó el diablo y los que los suministraron en París tuvieron que mandar al Ecuador al conde Sedieres para que *controlando* á la Compañía del ferrocarril y obras públicas, hiciera luz para este negociado, luz para ellos, que lo que es para nosotros, con el simple hecho de saber quienes habían intervenido ya sabíamos bastante.

El condesito, que no era tonto, comprendió que para salvar los nueve millones de sus comitentes era preciso hacer al Gobierno solidario con el deudor y se buscó el apoyo de la prensa venal y en la buena compañía de el señor Swieykowski y el jovencito Vicente Gonzáles Bazo tomó camino de la Capital en busca de nuestros poderes conscriptos no sin dejar á los municipales de Guayaquil la gratísima oferta de algunos millonajos.

Los gerentes de la Compañía de ferrocarril y obras públicas á quienes con la combinación Sedieres se les ofrecía la oportunidad de saldar sus deudas con la Nación y sus negociados en París, se adhirieron al condesito como el ahogado se prende de los tiburones y en verdad que no era mal tiburón el condesito ni menos que ahogados en el último trance los sustitutos de Kelly.

A poco de instalado lo que llaman el primer Congreso de la

serie del año 90, llegaron á la capital íntegros los condes, el aprendiz jovencito Gonzáles y tras ellos el apoderado de los tenedores de bonos señor George Chambers. La Compañía del ferrocarril y obras públicas no necesitaba representante autorizado, porque teniendo cómplices del otro lado de los Andes, sus intereses estaban muy bien resguardados.

En Guayaquil, la plaza militar más fuerte de la República y la fuente de la riqueza nacional, imperaba don José M<sup>a</sup> P. Caa-  
maño, ex-presidente y concuñado del actual; don Reynaldo Flores hermano del Presidente mandaba el Ejército; don Rafael Caa-  
maño hermano del uno y cuñado del otro era el Jefe de Policía; el otro su señor hermano de nombre Cárlos, mandaba los bomberos y el otro cuñado jefe de la argolla, don Leonardo Stagg, timoneaba á los obedientes miembros de la judaica institución ramificada en el comercio de la plaza.

Esto es decir que todas las fuerzas vitales del país estaban en manos de la Oligarquía, la que empleando esas fuerzas en pro de sus proyectos, consiguió sin gran trabajo que toda la prensa venal de la República cambiara su opinión sustituyendola con la más servil sumisión á las órdenes que los directores de esa prensa recibían en la Comandancia General y en la Gobernación de esa Provincia.

Con tales elementos, los condes bien pudieron impunemente presentar á la representación nacional proposiciones insensatas; el país estaría sino convencido, por lo menos sometido á los dominadores. Pero tan monstruoso fué lo que esos agentes de la argolla solicitaron, que un grito de indignación unísono de las cámaras, confundió á esos judíos apoyados por los mercaderes oficiales.

Entonces empezaron los chismes y disculpas de que esto era público y lo de más allá conversación privada, las enmendaturas y los folletos del jovencito González comisionado *ad hoc* por los sobrinos del doctor Flores para hacer surgir los proyectos.

No es posible ni necesario reproducir aquí las propuestas de los condes ni las actas de las cámaras. Todos los actuales diputados conocen los detalles de ese proyecto de iniquidad, parto de la usura y de la complicidad oficial, preparada de antemano; basta recordar que los proyectos fracasaron como toda combinación de don Antonio; pero como todos los hombres por malos que seamos tenemos alguna virtud, don Antonio posee la de la constancia: no desmayó, pues, con el fiasco y *encargó*, según su decir, la elaboración de otras propuestas y para que hubiera quien las oyera convocó otro Congreso extraordinario. Mientras tanto la prensa venal se indignó por el rechazo de las propuestas usurarias y se permitió tachar de faltos de honradez á los que resistieron al pecu-

lado. Tras este segundo Congreso vino un tercero, también extraordinario convocado por el mismo don Antonio con el exclusivo objeto de llegar á un avenimiento con los condes y sus cómplices. Allí obtuvieron éxito las archimodificadas propuestas que imponían a la Nación un gravámen de 10 por ciento sobre el valor de los derechos fiscales de importación, destinado á saciar la usura de los condes. Por este convenio, quedaba ligada la conversión de la deuda á la construcción del ferrocarril de Sibambe y á la construcción de este, la cancelación de la estafa de los 9 millones, siendo punto muy principal que, tanto la suma que nos obligamos á pagar por la deuda, como el precio del ferrocarril son tan leoninos, que una de las Cámaras protestó contra el procedimiento de la que sancionó los arreglos.

Todos estos movimientos fueron inútiles. Los señores ingleses á quienes parece les habían hecho entender que la popularidad de don Antonio era inmensa y que con ella bastaba para que las pretensiones de ellos fueran reverentemente atendidas, se hicieron los estirados y rechazaron á su vez el acomodo; esto por lo que á ellos competía, que por lo que respecta al ferrocarril, cuyos contratantes dejaron mala impresión en los garitos de la Capital, no hubo medio de depositar la caución de 2 millones de francos estipulada para la perfección del contrato; ni que hubiera sido posible tal desembolso cuando los agentes del negociado por acá, portadores de millones como se decían, carecían de una peseta para sus premiosas necesidades en la Capital.

Don Antonio se movía como un condenado haciendo cablegramas á don Clemente Ballén en París para que se realizara el salvador depósito y aún sostenía que estaba hecho; pero como obras son amores y no buenas razones, el depositario se negó á todas las insinuaciones que le hicieron para que se reconociera depositario de dos millones de francos en efectivo. Don Antonio mientras tanto se desesperaba porque el Consejo de Estado no era bastante inteligente para interpretar los cablegramas del señor Ballén en sentido favorable á sus proyectos, y aún me parece que los diccionarios funcionaron para aclarar el punto; pero resultó al fin que el depositario que, según el señor Ballén y la ley francesa había recibido dos millones de francos en depósito, se negó á decir que los había recibido. Probablemente don Clemente á esta fecha lo habrá puesto en la policía correccional.

Lo verdaderamente raro es que teniendo en perspectiva muchos millones de sucres, no hayan podido conseguir dos millones de francos para consumir la farsa del depósito y sacar el jugo del negociado.

Estaba, pues, en vía de llegar el obligado fracaso inherente á

todo proyecto del doctor Flores y ya era tiempo de iniciar la campaña electoral. Si la opinión pública salía triunfante, los proyectos del doctor Flores morían irremisiblemente, porque no era posible que otro que no fuera hechura del floreanismo, consumara ese atentado; pero la oposición, esto es, la opinión honrada de los ecuatorianos independientes, que desde el principio hizo guerra á los proyectos del doctor Flores, se preparó también para la lucha. Don Antonio con un acendrado catolicismo en el interior y sus censuras públicas á la administración Caamaño en el litoral, había allegado un círculo de hombres sin opinión política definida, en su mayor parte logreros obedientes al toque de llamada: á este círculo lo llamó progresista, y con él contó para el éxito de sus proyectos. El círculo fué poco numeroso para darle el triunfo en las Cámaras; pero en los comicios, donde se disponía de más elementos se libraría la batalla decisiva. Con tal fin don Antonio por el órgano de su ministro Salazar, que era al mismo tiempo su candidato oficial, reprodujo una vieja circular por la que se intimaba á los empleados la prohibición de sufragar por otro candidato que el de las Simpatías del Gobierno.

El cinismo con que se dio este paso en la última década del siglo, y la rústica manera con que la prensa venal sostuvo la doctrina de que la coacción es legal, despertó á muchos ilusos que aún no se convencían de que el doctor Flores no se pararía en medios para conseguir un sucesor de su administración, en todo conforme con sus proyectos económicos.

Los hombres pensadores de los verdaderos partidos, viéndose agredidos por un enemigo común y que la lucha de ideas y de principios había desaparecido para hacer lugar á la defensa de la honra nacional y de la propiedad amenazada por la bancarrota á que se nos conducía; comprendiendo al fin que la política tortuosa del doctor Flores había disgregado de los dos partidos nacionales, fuerzas que engrosaban á la sazón el círculo Oligarca empresario de nuestra deshonra; y de nuestro descrédito; convencidos de que para conseguir sus fines manifiestos ya, la Oligarquía dominante haría letra muerta del sufragio popular, y seguros de que la ruina de los partidos que el doctor Flores meditaba para imperar sobre sus escombros, constituiría un verdadero é inminente peligro para la patria, convinieron en ladear los rencores de partidos, abandonar momentaneamente la labor de propaganda y constituir una salvadora fusión que contuviera los avances del floreanismo, salvara las instituciones y sacara incólume nuestra honra nacional puesta en almoneda por los mercaderes oficiales.

Un grito de rabia arrancó á los servidores de la oligarquía la

bandera de la Fusión tremolada en todos los ámbitos de la República, y comenzó la ridícula guerra de manifestaciones impresas con millares de nombres colectados por todos los medios imaginables é inventados por todos los tenientes de parroquias. No hubo villorrio, por miserable que fuera, cuyo celador no se creyera autorizado para tomar cartas en semejante farsa; los libros de los cementerios y los registros de las cárceles, los estados diarios de los cuarteles y las listas de las escuelas públicas, dieron abundante material á los cajistas de las prensas oficiales y tema para todos los editoriales de sus periódicos. Según el decir de esos políticos era delirio lo que el Ecuador sentía por el general Salazar. Esto no obstante, se emprendió seria cruzada contra la fusión sin perjuicio de decir en todos los tonos que tal entidad ni podía existir, ni existía. El primer paso en esta campaña fué procurar el desbarato de la fusión. Para el efecto hicieron que algunos liberales proclamaran la candidatura de don Clemente Ballén y algunos conservadores la de don Modesto Espinoza. Si caemos en el lazo el cisma hubiera sido un hecho; pero como el proyecto era de don Antonio Flores, fracasó. En seguida les contaron á los conservadores que contrariaban al Syllabus aceptando la alianza de los liberales, y á los liberales nos contó la prensa de la Oligarquía que éramos tráfugas de nuestros principios porque dábamos nuestros votos por un conservador; pero ni á los conservadores ni á los liberales les dijeron que el doctor Flores no era ni conservador ni liberal ni que jamás había representado idea política alguna, ni que en Quito se daba golpes de pecho en las iglesias y en Guayaquil subía á la tribuna en la plaza pública provisto del gorro frigio.

La fusión menospreció esa guerra y siguió recto á su objeto. Adoptó un candidato y lo exhibió con el apoyo de todos los ecuatorianos independientes; este candidato fué el doctor Camilo Ponce, conservador, personage que entre otras ejecutorias, tenía la de haber levantado alta la bandera de la honra nacional haciendo fracasar los proyectos económicos del doctor Flores. Este simple hecho es la síntesis de la verdadera situación del país. Me refiero á la unanimidad de la opinión en favor del doctor Ponce, que encarnaba la ruina de los contratos apadrinados por don Antonio.

Los ecuatorianos debemos fijarnos y examinar con imparcialidad todas las faces de esta lucha del gobernante convertido en gran elector, contra los gobernados que reclaman sus derechos.

Pues aunque es verdad que el doctor Flores en todos sus programas de aspirante nos habla de su idea dominante, sobre el arreglo de la deuda, es también muy cierto que el gobernante por su sola voluntad no tiene el derecho de hacer lo que toda la opi-

nión pública rechaza. El simple hecho de la fusión está probando que gran número de asociados eran y son opuestos á esos arreglos que la voluntad del doctor Flores quiere hacer prevalecer.

Si en vez de motivar la lucha un asunto económico la motivaran los deseos personales del mandatario de declarar la guerra á una Nación amiga, por ejemplo, ¿habría de prevalecer la opinión del mandatario, contra la del país entero que no quiere la guerra? Esta es la situación. El doctor Flores cree de buena ó de mala fé que sus proyectos le convienen al país; pero el país los ha rechazado en todo tiempo; él quiere que á todo trance prevalezca su voluntad, y esto es ni más ni menos que constituir una dictadura tanto más bochornosa para el país, cuanto que los proyectados arreglos, lejos de juzgarse por la opinión como convenientes á la nación solo se consideran como beneficiosos para los sobrinos del doctor Flores gestores del arreglo.

Visiblemente crecía el poder de la Fusión aunque á medida de ese avance la Oligarquía, multiplicaba sus esfuerzos de coacción. En el ejército las bajas de todo jefe ú oficial que no era sumiso suscriptor de las manifestaciones oligarcas. En la administración la separación de todo empleado público que manifestó la más ligera tendencia á disponer libremente de su voto. En la política, la insistencia con que la Oligarquía pretendió introducir el cisma entre los partidos sugestionando las candidaturas Espinosa y Ballén. En las conciencias con la graciosa oferta á los conservadores de Quito y de Cuenca de las penas del infierno en castigo de su unión con los liberales, y á estos el san benito del oprobio por su transfugismo al pasarse con armas y bagajes á las filas conservadoras. En la prensa la procacidad desarrollada contra todo lo que no era floreanismo y muchas otras medidas que sería largo enumerar, pero todas ineficaces porque contra el poder de la opinión sucumben las intrigas.

Llegaron los oligarcas hasta amenazar al país con una revolución de cuartel si la opinión pública salía triunfante de las urnas, amenaza ridícula por la impotencia de los que la hacían, y digo ridícula, porque si bien es cierto que ellos eran muy capaces de dar el golpe, también es ciertísimo que la opinión pública, los aplastaría arrancándoles de una en una las bayonetas.

En ese estado de excitación llegó la época de las elecciones para concejeros municipales, en las que, ambos contendientes iban á medir sus fuerzas librando una escaramuza.

Según el sistema administrativo que nos rige, los concejeros municipales nombran el personal de las mesas electorales y entre otras atribuciones al respecto, distribuyen los registros de electores, en una palabra, un personal del ayuntamiento es el árbitro de

las elecciones dichas populares. Importábale pues al gobierno que tenía un plan preconcebido, formar los ayuntamientos de la República con hombres de su devoción, para que en las siguientes elecciones que serían las de Presidente de la República, la nación tuviera un enemigo más, que al mismo tiempo fuera un fiel aliado de la Oligarquía.

Cuando un mandatario se lanza por la pendiente fatal de las arbitrariedades, las primeras engendran las siguientes y llega un punto en que no lo detienen las más sagradas consideraciones. A este punto fatal había llegado el doctor Flores. Necesitaba á todo trance que los concejos municipales quedaran compuestos por hombres acomodaticios que llegado el día de las elecciones para Presidente de la República se prestaran á sancionar cualquier tropelía que los esbirros cometieran para sacar triunfante la candidatura oficial, indispensable para la consumación de los contratos.

Los cablegramas entre los secretarios de Estado y el señor Ballén en París, se multiplicaban para conseguir un texto de cablegrama á propósito para engañar á los consejeros de Estado, y tan á mayores pasaron las pretensiones del Presidente Flores, que hubo ministro que dejó la cartera para no acceder. Mientras tanto el tiempo pasaba y la farsa se hacia tangible y los días de elecciones de concejeros municipales se acercaban, justamente cuando la opinión había hecho palpable á los ecuatorianos la monstruosa farsa del ferrocarril d'Oksza y don Antonio y su círculo estaban en berlina, ó como quien dice con la camisa levantada.

Se acentuó la farsa con la renuncia del ministro Salazar, cuya candidatura oficial preparó él mismo antes de dejar el ministerio. Trasladóse al litoral, según su decir, á arreglos de familia, muletilla con que tratan de cubrirse las intrigas, pero esta vez la muletilla no era del todo impropia, don Francisco Javier venía á arreglar los negocios de la familia Flores bastante comprometidos por la actitud de la nación.

No era don Francisco ni con mucho un soldado de fortuna. O yo no conozco la historia del país, ó don Francisco no llevó jamás triunfante la bandera nacional á las fronteras..... En nuestros disturbios internos, tomó parte y en ellos ganó acensos merecidos según el criterio del que se los dió, como es costumbre establecida en nuestras republiquetas.

Como publicista ó escritor, en su oficio profesión ó carrera, tiene la fama que le han dado dos ó tres diarios locales, fama que es costumbre en ellos darla á quien la pide.

*Las naciones extranjeras*, conocen una crítica de las batallas de San Juan y Miraflores.

No puedo juzgarla porque ni soy militar ni literato, ni conoz-

co la localidad en que se verificaron esos combates. A los vencidos les he oído decir, que es una baja adulación á los vencedores y estos acusaron recibo del folleto.

Como literato, francamente, que la primera vez que oí un discurso leído en la plaza de la Catedral de Guayaquil, tuve que dejar un encargado que oyera el final para poder saber qué idea había querido desarrollar: debo consignar que no ví más á mi comisionado porque por todo informe me mandó un cartel de desafío que por supuesto no acepté por ser tan baladí la ofensa.

Pero como diplomático, ya son otros cantares.

Los rencores políticos engendran la necesidad de utilizar medianías porque los hombres de verdaderos méritos no son acomodaticios á todas las situaciones: socorrido desahogo para premiar complacencias son las misiones diplomáticas en el exterior. Lo que pasa hoy por ejemplo: sé de un joven que militaba entre las filas del más exajerado radicalismo, hostigado por la necesidad y falta de firmeza en ideas vendió su pluma por un miserable salario mensual. Concluida la lucha electoral, solicitó un consulado en un puerto importante del Sur, que es probable se le niegue pero no extraño que se le de alguno de menos importancia, una piltrafa para evitar que muerda la mano que ha pagado sus complacencias. He allí un diplomático en carrera. Lo propio sucedió en las mocedades de don Francisco Javier, con la circunstancia favorable á él, de que á un grado militar uniese la borla de doctor en jurisprudencia, circunstancia valiosísima para el que necesitaba medianías sino vulgaridades. No hay para que consignar hechos en que tomó parte el doctor Salazar, porque sería ponerme á contradecir las pomposas biografías escritas á tanto la línea, biografías con las que se ha pretendido hacer del general Salazar un hombre de reputación siquiera americana.

No sé que el país le deba nada sobresaliente en ciencias, milicia, diplomacia ni honra nacional. En las postrimerías de su vida, se prestó á ser candidato oficial, en una lucha en que no se ventilaba un principio político, sino una cuestión de libras esterlinas.

Malísimo remate, como se comprende, para una vida tan llena de merecimientos y aptitudes, según el cursí decir de sus biógrafos.

Trasladóse, pues, á la costa el candidato oficial con el objeto de hacer arreglos de familia, se entiende que con don José María P. Caamaño y don Reinaldo Flores. Pero en el Guayas y Provincias del tránsito, se encontró con que la opinión era mucha cosa y para final, después de pocos días de llegado, se murió. Entonces se complicaron los arreglos de familia, y se hizo preciso reemplazar al candidato oficial difunto, con otro candidato oficial sin al-

terar al programa de la Oligarquía. Pocos momentos bastaron para que toda la República se pusiera de acuerdo, ¡¡ tenemos tanta abundancia de notabilidades !! un telegrama de Guayaquil á Cuenca y dos idem á Quito, dotaron al Ecuador de otro candidato oficial.

Esto fué un verdadero contratiempo, porque habiendo dicho que el difunto era el solo ecuatoriano capaz &, &, &, &, hubo que repetir la letanía para el reemplazo y recomenzar las listas de suscriptores, ímproba tarea porque ya las oficinas tipográficas habían distribuido la composición; pero no hubo remedio, era preciso y se hizo.

Mientras tanto los días de elecciones se acercaban y la República vió invadidas las mesas de inscripción preventiva, por los militares, guardias nacionales y empleados públicos que iban de mesa en mesa inscribiendo sus nombres y los de los difuntos, y al día siguiente volvían los mismos inscriptores y repetían las inscripciones de sus nombres y los de los difuntos. En una palabra, la masa de seis mil personas que constituyen los usufructuarios del tesoro nacional, se multiplicó, produciendo cuarenta mil electores. Las intenciones de la Oligarquía eran, pues, evidentes, rodearían las mesas electorales con una masa de paniaguados que no diera tiempo ni oportunidad al pueblo para sufragar; el plan era grosero pero seguro.

Llegó el primer día de elecciones y el pueblo entusiasmado, por los órganos de la fusión, acudió á su puesto y rechazó con energía á los usurpadores; pero el gobierno para quien las elecciones de concejeros municipales no debían importarle nada si procediera con lealtad, había organizado con los miembros de los clubs unas cuantas cuadrillas de descamisados, que diariamente recibían su estipendio por gritar ¡viva Cordero! é impedir llegado el caso, que el pueblo sufragara. En todos los pueblos de la República donde de algún modo se manifestó la oposición, las turbas pagadas por el gobierno hirieron y rechazaron al pueblo de las mesas. Con todo, el pueblo en algunas partes como en Guayaquil y Tulcán, repelió la fuerza con la fuerza el primer día, y sacó triunfante su candidatura. Comprendió el gobierno que si al pueblo solo oponía los descamisados, la opinión vencía y por consecuencia los ayuntamientos serían compuestos por la oposición, y por ende que la elección presidencial se perdería y por remate del desastre los contratos fracasaban; comprendió todo esto y echó por la calle del medio.

El segundo día de las elecciones, tan pronto como un elector reclamó de una tropelía, salieron los batallones de sus cuarteles, bayoneta calada y fuego á discreción y muerto por acá y bayonetazo

por allá, las mesas quedaron de exclusivo dominio de los electores de casaca de dril, capote de bayeta y garrote al puño. Las ilustrísimas municipalidades de la República, sancionaron lo hecho; los ofendidos protestaron; don Antonio hizo escribir una contra protesta, para la que solicitó firmas hasta el señor Caamaño, y para concluir el acto hizo que los culpables tomaran una información que los justificara.

Este fué el suceso en globo; los detalles son demasiado repugnantes y hago gracia de ellos, porque francamente, tan convencido de lo mal llevado de la farsa está don Antonio Flores como don Luis Cordero á quien se vivaba con motivo de las elecciones para concejeros municipales.

Sin embargo, la prensa venal dijo que la opinión pública había salido triunfante, negó todas las tropelías, ó mejor dicho dijo que las había cometido el pueblo y que si salió la tropa, fué á contener el desborde de los fusionistas; eso dijeron los miserables, que aplaudían la prostitución del sufragio porque esa prostitución abría el camino á la realización de los contratos.

Dos meses debían transcurrir entre esa elección y la de presidente de la República, lapso de tiempo que los contendientes aprovecharon para organizar sus filas un tanto clareadas por los desengaños y por el escepticismo político que genera un atentado como el que acababa de cometerse. La Oligarquía decía que su primer triunfo era signo seguro de la victoria decisiva. La fusión contaba con la indignación que en toda la República había levantado este crimen de lesa Patria, y los que vivimos alejados de la política y que vemos las cosas con más serenidad, juzgamos que quien había dado un paso como la escandalosa anulación del sufragio popular sustituyéndolo con el voto de los cuarteles, no podía haber procedido sino con un fin de tan grande importancia que atropellaría por todo para conseguirlo; y tanto más se acentuaba en mí este convencimiento, cuanto que conocía la magnitud de la negociación perseguida por el doctor Flores desde el año 72 y lo había seguido con una tenacidad solo comparable á la constancia de don Antonio para salirse con la suya.

La fusión que indudablemente representaba á los verdaderos partidos políticos del país, estaba en lo justo al sentir holladas las garantías de los ecuatorianos y por ello había lanzado una protesta. El Ejecutivo procedió de acuerdo con la política personal de su encargado, excitando á los culpables que eran sus agentes á forjar la dicha contra protesta y aún faltando completamente á la delicadeza, haciendo forjar una información á los mismos que la protesta acusaba de culpables. Esto era el cinismo reagrandando la farsa, y no se quedó en esto D. Antonio, sino que agregó más com

bustible á la hoguera de las pasiones que él había excitado, con sus manejos; y á ciencia cierta de que hacía un disparate más, lanzó una proclama incendiaria, tanto por su forma como en el fondo; pero que arrancaba voluntariamente la careta de su autor y lo exhibía, ó mejor dicho, se exhibía el mismo como el jefe del bando, que luchaba contra el pueblo.

¿Qué es, qué puede ser un Presidente de la República, que carece hasta de la sindéresis indispensable para perjeñar cuatros renglones?

Invocaba el orden y se ponía á la cabeza de turbas de descamisados y malhechores.

Negaba su participación en los negociados y se retorció pidiendo á París un cablegrama salvador.

Se llamaba independiente y capitaneaba un bando.

Pedía cordura y lanzaba los batallones contra el pueblo.

Invocaba á Dios y perjuraba sus promesas; brindaba libertades y pedía facultades extraordinarias. Era esa la proclama que unos cuantos bausanés aplaudieron porque significaba el maná que venía de lo alto.

Epoca vergonzosa en la que se hundieron centenares de reputaciones pero que hizo mucho en la obra de depuración de los partidos.

No puedo prolongar más la situación de los detalles de esta faz de la negociación y tengo que pasar á la elección de Presidente de la República, que también tuvo su prólogo político económico.

En los primeros días de enero debían de verificarse las elecciones, y el año se inauguró con paseos nocturnos de las bandas de descamisados que, con el nombre de clubs políticos, alarmaban las ciudades. El escandaloso peculado instigador de la constante orgía de esas turbas, si en la provincia del Guayas era sostenido con largueza, en las demás provincias produjo serios atrenzos para los gobernadores. Apuros fueron estos que se salvaron con una circular autorizando *los gastos de imprenta*, que fueran necesarios, gastos á los que debían coadyuvar las municipalidades.

Por otra parte, dejamos á los ingleses que se hacían los estirados para aceptar la ley de agosto de 1890 porque aún les parecía que podían sacarnos más ventajas dominados como nos suponían por el inmenso prestigio de don Antonio. Este que en la realización de los contratos veía una arma triunfadora y que perdida la elección por su parte, los contratos y todos sus trabajos pasarían al panteón de la historia, tuvo que confesar á los ingleses que el negociado estaba tomando mal aspecto y encargarles que se dejaran de melindres, sino querían perder la sogá tras la cabra.

Los ingleses que en materia de libras esterlinas no se duermen, comprendieron la importancia del consejo de D. Antonio y tuvieron otro *meeting* para oír las propuestas que el señor d'Oksza les hacía. Eran estas que sobre lo que la Nación ecuatoriana les había ofrecido ya; él que ama mucho al Ecuador á quien quería beneficiar con un ferrocarril que será su ruina, [no del Ecuador sino la de d'Oksza] quería sin embargo, obsequiar á los tenedores de bonos una gruesa suma de su peculio con tal de que hicieran el sacrificio de aceptar las propuestas, ó lo que es lo mismo la ley de agosto del 90. Por la graciosa oferta de d'Oksza, cada tenedor de un bono ecuatoriano, entraba á ser accionista del ferrocarril del Ecuador.

El tiempo apremiaba y los señores ingleses se dejaron de remilgos y aceptaron el duro sacrificio de recibir la ley dictada por el deudor, como con tan elegante donaire dijo un periodista del Guayas.

Iba, pues, al fin á madurar algún proyecto de don Antonio, pero es la desgracia que el ofrecedor de millones de libras á nuestros acreedores no puede aún conseguir dos millones de francos para perfeccionar su farsa-contrato muelle-ferrocarrilero.

En medio de tales angustias llegó el día de las inscripciones de ley, preventivas para las elecciones: dos meses antes la República entera había visto las dichas mesas, durante ocho días consecutivos, literalmente rodeadas por los militares; no se había verificado el menor movimiento de tropas y sin embargo, resultó que fueron precisos todos los días que la ley señala para que los señores militares se inscribieran con otros nombres; con la particularidad de que llegado el último momento del último día, los alrededores de las mesas estaban completamente invadidos por los señores militares que no habían tenido oportunidad de inscribirse por vigésima vez. En cuanto á que el pueblo disfrutara de esa ganga no había ni para qué imaginarlo. El personal de las mesas elegido por los ayuntamientos elegidos en la anterior elección era competente para el caso; la farsa estaba mal urdida pero el golpe á la libertad del sufragio iba derecho al corazón de la República. En vista de esa monstruosidad nadie dudó de que llegado el momento de la elección, las mesas estarían invadidas por las tropas.

Así fué, á las diez de la mañana, es decir, una hora antes de la instalación de las mesas, gruesas patrullas de policía, so capa del sostenimiento del orden recorrían las poblaciones, otras patrullas del mismo cuerpo, y armadas estaban fijas á veinte metros de las mesas y todo el ejército nacional formado por compañías y con sus capitanes á la cabeza, ocupaba los alrededores. Sonada la ho-

ra, esas compañías avanzaron, rodearon las mesas é hicieron la elección apoderandose de las ánforas. Solo en Guayaquil obtuvo el candidato oficial 7,000 sufragios y 3,000 la oposición ¿Cómo se hizo el milagro de que Guayaquil diera 10,000 votos? cosa es que me dejó convertido: hasta entonces dudaba de los cinco panecillos de Jesús; pero desde el mes de enero, he dejado de ser incrédulo. Parroquia hubo, en la que se sufragó durante trescientos minutos y que produjo más de mil votos y ¡oh poder de la opinión! canónicos por el doctor Cordero.

Repetidas ocasiones los ciudadanos se acercaron á las mesas en demanda del ejercicio de su derecho y, con muy contadas excepciones, el insulto, la amenaza y el atropello mismo, fueron la respuesta que las turbas embriagadas y con el apoyo de las bayonetas, dieron á la justa solicitud de los ciudadanos. El personal de las mesas, nombrado de acuerdo con las miras ulteriores de la Oligarquía, fué el cómplice en este grave atentado. Aparte del mal inmediato que para las instituciones se deriva de un crimen como este, cometido precisamente por quienes más obligados están á respetar las leyes, los ciudadanos adquieren el convencimiento de que la Constitución y las leyes son una pura farsa; desprecian con justísimas razones la institución del sufragio y se convence de que las elecciones no son la expresión de la voluntad popular sino la imposición de las bayonetas, y lo que es más grave, dejan de buscar en el campo de la legalidad el triunfo de sus ideales, puesto que habrá llegado el momento del imperio de la fuerza sobre el derecho.

Por desgracia, tales consideraciones no podían obrar en el ánimo de quienes lanzaron á los servidores de la Nación contra los ciudadanos, y digo que no pudieron detenerse en tales consideraciones, porque su fin no era el efímero triunfo de una personalidad que no serviría sino como medio, puesto que su verdadero fin era cimentar un poder bastante grande para imponer al país la consumación de los proyectos económicos que la administración Flores no había podido realizar por la oposición que le hicieron los hombres independientes de los dos partidos políticos.

Las escenas de sangre de marzo de 88 y noviembre de 91, se repitieron y toda la gente de orden, si no individualmente por sí, por las familias tuvo que dejar el campo á la crápula que recorría las poblaciones, crápula ensoberbecida por el triunfo alcanzado con la prostitución del sufragio.

Los tres últimos días de elecciones fueron la orgía del cinismo. En las inmediaciones de las mesas y aún á larga distancia no se veía otra cosa que compañías formadas que esperaban un cuarto ó quinto turno diario para sufragar.

La gente honrada tuvo que ocultar la cara para evitar sonrisas de desprecio de parte de los extranjeros que presenciaban el desborde del cinismo consumado por las autoridades de la República y por el uniforme del ejército nacional.

En tales condiciones llegó el último día de elecciones.

La escena había cambiado por completo: cada vez que los escrutadores leían en las cédulas el respetable nombre del doctor Cordero. Ellos mismos, los que perpetraban el delito, lanzaban una carcajada de triunfo: el triunfo del cinismo sobre la legalidad. Detalle gráfico: las turbas de descamisados que habían dado el triunfo al doctor Cordero recorrieron las poblaciones y las ciudades cultas, gritando ¡viva la Argolla, viva la Oligarquía! creían que esos eran los nombres de pila de sus jefes.

Esta vez la nación no protestó por cierto, porque don Antonio hubiera hecho escribir otra contra-protesta, que la habieran firmado todos los soldados, escolares, empleados y difuntos, socorrida manera de enseñar á las *naciones extranjeras* las dimensiones de la popularidad de don Antonio. Pero la afrenta alcanzó una verdadera explosión de indignación en toda la República, y la opinión de todo el que en algo estima la dignidad nacional, pisoteada por el círculo del doctor Flores; la de todo el que cree que algo significa para la estabilidad de la República la pureza del sufragio; la de todo ecuatoriano que en los manejos del doctor Flores está viendo un fin siniestro, para cuya consecución no sólo hará derramar sangre como 1888, 1891 y 1892, sino que irá hasta el empleo de medios en armonía con la enorme criminalidad de sus proyectos; la opinión de todos los ecuatorianos que no han vendido su dignidad al oro de las arcas fiscales dilapidado con ese objeto, esa opinión formulada por la prensa independiente, que las elecciones para Presidente de la República, verificadas del 10 al 13 de enero de 1892, fueron nulas, porque no eran la expresión de la voluntad popular, sino la orden de don Antonio Flores transmitida á los Gobernadores de Provincia y ejecutada por el ejército nacional; esto es, porque en vez de elecciones populares se había verificado un motín de cuartel, reagravado con la oposición y rechazo al pueblo para que no ejerciera su derecho; circunstancia que da á este delito de lesa Constitución el carácter de golpe de Estado.

Me resta probar la terrible exactitud de esta aseveración.

Unidos los ecuatorianos por un pacto social llamado Constitución de la República, convenimos en establecer nuestros derechos é imponernos nuestros deberes. Para este fin primordial del pacto social, señalamos á cada uno las atribuciones y las restricciones convenientes é indispensables á la forma de gobierno que aceptamos, y fundamento de ese pacto social, fué el sufragio libre,

sin el cual no existe prácticamente la forma de gobierno llamada República.

En virtud de ese derecho, los ecuatorianos quisimos elegir Presidente de la República para que sucediera al doctor Flores, y quisimos elegir á una persona que no fuera continuadora de su política, porque estamos convencidos de que esa política es ruinosa para el país, económicamente, y deshonrosa en la parte administrativa, porque él meditaba consumir negociaciones que juzgábamos perjudiciales al país, y había entregado toda la suma del poder público, á su familia que nos depotizaba. Juzgamos también que esta última medida fué empleada deliberadamente, para que su familia en posesión de todas las fuerzas vitales del país, pudiera imponernos su voluntad. Por estas dos poderosas razones quisimos elegir un mandatario opuesto á esa política; pero el doctor Flores, á quien naturalmente convenía que su familia no se separara del poder nombró de acuerdo con ella un candidato oficial, y dispuso que el ejército y los empleados sufragaran por su candidato; hizo separar de sus puestos á los empleados que desobedecieron la orden, hizo sostener por parte de la prensa una campaña de calumnias y de descrédito, contra los ecuatorianos honorables, y llegado el día de las elecciones hizo que el ejército nacional se apoderara de las mesas y verificara las elecciones, sustituyendo así el sufragio popular, base de toda la República, con el voto obligado del ejército, voto que multiplicó en la proporción necesaria para obtener mayor número de sufragios que el candidato popular. Por tanto, el doctor Flores se separó de la Constitución violando el pacto que lo ligaba á los ecuatorianos, nada menos que en la base más indispensable para la vida republicana. El resultado de la elección no fué de consiguiente, acorde con la libertad electoral, que garantiza la Constitución, sino que fué el cumplimiento de una orden dada por las autoridades, que ejecutó el ejército revistiendo al hecho con el carácter de motín de cuartel. Pero como los cuarteles ni procedieron en verdad por su propia inspiración sino con orden del gobierno, firmada con la tantas veces citada circular y era con el objeto de que la familia dominante quedara gobernando el país, es clarísimo que el acontecimiento revista el carácter de golpe de Estado.

#### IV.

He seguido paso á paso los antecedentes y el desarrollo de estos graves acontecimientos que tan hondamente han perturbado la marcha del país.

Desde el año 72 en el que el señor Flores se propuso los malhadados arreglos de la deuda inglesa, he seguido con tenacidad sus gestiones. No he vivido jamás de la política, ni la Nación ha sufragado nunca mi sustento ni el de mi familia; por el contrario he vivido alejado de los hombres que se ocupan en la cosa pública; pero la cuestión económica me ha preocupado siempre y desde que adquirí el convencimiento de que el doctor Flores quería á todo trance consumir negociaciones en el sentido de satisfacer la avaricia de algunos, sin consideraciones de ninguna clase al estado económico y político de mi patria, me propuse seguirlo paso á paso.

En repetidas ocasiones y en varios periódicos he insinuado al doctor Flores la conveniencia para su honrra de apartarse de ese camino; él lejos de aceptar el consejo ha perdido su tiempo en inquirir mi nombre y en prodigarme insultos. No sabe ni puede saber quien soy: todas las suposiciones que se han hecho por mis últimos artículos suscritos como este cuaderno, son antojadizas, pueden perseguir á cualquiera, lo que me será muy sensible; pero la misión que me he impuesto se cumplirá.

El doctor Flores conseguirá la sanción de sus contratos; pero la causa del trastorno político quedará latente y el gran proceso que la historia ha abierto para su nombre, tendrá la carátula —PECULADO.—

Me resta detallar las consecuencias de los manejos puestos en juego para obtener el triunfo de la candidatura oficial del doctor Cordero.

La circular que el ministro del doctor Flores pasó á los Gobernadores de Provincia restringiendo la libertad electoral de los empleados, es la piedra del escándalo que ha corrompido las conciencias de los que por conservar un puesto en el ejército, la armada ó la administración, han prostituido su libre albedrío. Tenemos, pues, un ejército, una armada y un cuerpo administrativo á quienes basta una orden superior para doblar la cerviz al yugo del mayoral, para arar y cosechar en el campo de las libertades públicas de sus conciudadanos; mal inmediato este, aunque pequeño si lo comparo con las calamidades públicas que sobrevendrán al país si los proyectos del doctor Flores son consumados por el doctor Cordero.

El Ecuador empobrecido como está por los derroches de las dos administraciones pasadas, está también en vísperas de empezar á soportar para satisfacer la avaricia de nuestros acreedores un monstruoso recargo de 10 por ciento sobre los derechos de

importación. Por poca ilustración que se suponga en quienes se ocupan en la administración económica de un país, es de esperarse que cuando se trata de un gravámen nuevo se estudien las fuerzas con que el país cuenta para corresponder á la solicitud del imponente; pero en el Ecuador no, nuestros financistas han creído que gravar con medio millón de pesos anuales á un comercio empobrecido, en un país cuyas rentas alcanzan á cuatro millones, es cosa muy hacendera sobre todo cuando cuatro mil bayonetas apoyan el impuesto. El resultado no se está haciendo esperar; aún no rige la nueva gabela y ya tenemos las bancarrotas parciales á la orden del día; no pasa mes y tal vez semana sin que algún pequeño comerciante suspenda sus jiros y clausure sus negocios por supuesto, sin pagar á sus acreedores.

Los exorbitantes dispendios de las administraciones anteriores, y los gastos electorales han obligado al Gobierno á extraer de los Bancos en calidad de préstamo todo el capital de esas instituciones. Obvio es demostrar lo peligroso de esa medida cuya primera consecuencia ha sido la paralización de las transacciones con el público.

El señor Flores ha tenido la fingida candorosidad de proponer la fundación de Bancos Nacionales, ó lo que es lo mismo la emisión de papel de curso forzoso.

Este papel como se comprende facilmente no tiene más respaldo que la responsabilidad de un deudor que lejos de pagar sus deudas las aumenta diariamente. Talvez el señor Flores piensa en la posibilidad de pagar á los Bancos con bonos del tesoro. En esta situación económica encontrará el doctor Cordero al Ecuador y tendrá que optar entre las economías bien estudiadas, para lo que le será forzoso deshacerse del círculo que lo ha elevado, á la bancarrota oficial, porque el país no podrá pagar los compromisos que la Oligarquía ha contraído en nombre de la Patria.

Si lo que no es creible, el doctor Cordero se deshace de la Oligarquía, todo el elemento sano del país lo apoyará porque el objeto de la fusión no fué otro que libertar al país de sus explotadores; pero la lógica nos está golpeando para hacernos entender que por mucha fuerza de voluntad y mucho talento que tuviera el doctor Cordero, no podría romper los lazos con que voluntariamente se ligó á la Oligarquía, y entonces al país le espera la consumación de la obra del doctor Flores, obra que no es el predominio de una idea política que ni él ni nadie de su círculo ha manifestado siquiera; pero que implica al mismo tiempo que la

fortuna personal de la parentela de don Antonio la bancarrota oficial.

Para vergüenza de mi patria, la historia de los tres infaustos períodos comprendidos entre 1883 y 1896, cuyos detalles á vuela pluma pueden apreciar mis contemporaneos y testificar la exactitud de mi relato, se condensa en estas fatídicas palabras

#### ASESINATO—PECULADO Y BANCARROTA.

NOTA.—La premura del tiempo que temo sea corto para la impresión en el exterior de estas cuartillas, me priva de reproducir las cartas cruzadas entre el doctor Caamaño y el señor Landázuri. ¡La circular liberticida, la proclama incendiaria y disparatada del doctor Flores!—La carta falsa del doctor Arízaga á don Reinaldo Flores.—La circular del doctor Uladislao Avilés á los celadores de recinto; los cablegramas de don Clemente Ballén; los programas de don Antonio; los contratos leoninos formados por los sobrinos del doctor Flores; y cien otros documentos de pública notoriedad que obran en el gran proceso que ha llevado á la conciencia nacional el convencimiento de que el antecedente de este acontecimiento fué la avaricia con sus medios de acción; la Oligarquía y su consecuencia, la bancarrota oficial.

